

do Collmatsch, éste la metió en un saco de los del forraje, en el cual la aparaba un criado, y la mandó llevar al castillo. El Landgrave, despues de esta profanacion, arrancó por sí mismo un trozo de la caja, que él creyó ser de oro macizo; y como, ensayado por un platero, viese que era cobre dorado, dijo: «Vaya con estos curas, y «cómo engañan las gentes! hicieron de cobre la caja, y guardaron para ellos el oro!» Echando de menos la cabeza de la Santa, insistió con el Comendador hasta obligarle á que designase el sitio secreto de la sacristía, que era un armario, donde estaba guardada la reliquia juntamente con la corona y cáliz de oro que el emperador Federico habia regalado, trescientos años antes, el dia de la traslacion solemne, segun referí en su lugar. Todos estos objetos preciosos fueron trasladados al castillo por orden del Príncipe, y nunca mas volvió á saberse de ellos.

Y á este hombre han condecorado los Protestantes con el dictado de *Felipe el Generoso*.

En este mismo año 1539 obtuvo el Príncipe una dispensa, firmada por Martin Lu-

tero y otros siete teólogos evangélicos reunidos en Wittemberg, para tomar una mujer además de la que ya tenia y le habia dado un gran número de hijos. ¿Qué extraño es que de entonces acá la antigua y gloriosa casa de Hesse haya llegado en sus ramas protestantes á tal grado de decadencia, que por espacio de un siglo se ha visto precisada, para poder vivir, al extremo de tener que vender súbditos suyos á los ingleses, para emplearlos á combatir á los salvajes de América?

Poco tiempo despues fueron los huesos de la Santa enterrados bajo una simple losa de la iglesia en sitio ignorado de todos, excepto del Landgrave y dos confidentes suyos. En 1546, so pretexto de poner la preciosa caja á cubierto de los riesgos de la guerra, mandó el Príncipe depositarla en el castillo de Ziegenhayn: pero dos años mas tarde, cediendo á las vivas instancias del comendador Juan de Rehen, Felipe mandó restituir á Marbourg esta propiedad sagrada; y al mismo tiempo tuvo por prudente obedecer la orden que le habia dado Carlos V, el año mismo del sacrilegio, para que devolviese á la iglesia las reliquias

de santa Isabel <sup>1</sup>. Fueron, pues, sacadas de tierra y entregadas al Comendador, pero no volvieron á colocarse en la caja; y segun el recibo que de la entrega dió el Comendador en 12 de julio de 1548, faltaba ya entonces una gran parte de ellas; y desde esta época la dispersion ha sido completa. Hacia fines del siglo XVI, en época en que la España hacia grandes gastos y sacrificios por salvar las reliquias de los Santos en los países invadidos por la herejía, la piadosa infanta Isabel-Clara-Eugenia, gobernadora de los Países Bajos, cuya memoria es todavía hoy tan popular en Bélgica, adquirió el cráneo y una considerable porcion de los huesos de su santa Patrona, y los hizo trasladar á Bruselas y depositarlos en las Carmelitas <sup>2</sup>: andando el tiempo, el cráneo fue enviado al castillo de

<sup>1</sup> Justi, pág. 250.

<sup>2</sup> Sanderi chorographia sacra Brabantiae, t. II, pag. 348 y la nota de los Mss. Bolandistas en Bruselas. El convento de Carmelitas ha desaparecido, con tantos otros á impulsos del vandalismo democrático; y á pesar de los esfuerzos de Mr. Stædler para volver á dar con ellas, las preciosas reliquias no se encontraron ya mas.

Roche-Guyon en Francia, desde donde ha muy poco tiempo fue trasladado á Besançon por el cardenal duque de Rohan <sup>1</sup>. Uno de los brazos fué á parar á Hungría; otras porciones de sus reliquias se veian todavía en Hanover, Viena, Colonia y sobre todo en Breslau en la rica capilla que dedicó á la Santa en 1680 el cardenal Federico de Hesse, obispo de esta ciudad y descendiente tambien de Isabel. En esta capilla es donde se guarda el baston de madera negra en que se apoyaba la Santa cuando la echaron de Wartbourg <sup>2</sup>. Ya hice mencion del vaso que se conserva en Erfurt, del vestido de novia guardado en Andechs, de la sortija de alianza que hay en Braunfels con el libro de Horas, la mesa y la silla de paja: por último el velo se enseña en Tongres.

<sup>1</sup> Se le venera hoy en el hospital de Santiago en esta ciudad.

<sup>2</sup> Este baston ha sido montado en plata y guarnecido de cintillas espirales del propio metal, en las cuales se ve escrita la genealogía de la casa de Hesse desde santa Isabel hasta el cardenal Federico. Mr. Guénébault posee un curioso grabado que representa esta reliquia colocada con las de otros muchos Santos en un relicario.

En 1833 el conde de Boos-Waldeck poseía uno de los brazos de la Santa; y aunque brindó con él á varios de los soberanos que descenden de ella, no encontró quien quisiera comprárselo <sup>1</sup>.

En Marbourg no hay reliquia alguna. Afirma la tradicion, que los huesos fueron inhumados al pié del altar mayor, y que de allí los robaron en 1634. Hoy no se encuentra allí otra cosa de ella sino una gran tapicería, en que, segun se dice, trabajó la Santa, y representa la historia del hijo pródigo; es la que emplean los luteranos para toalla de comunión. La caja, vacía hace ya tres siglos, fue llevada á Cassel en tiempo del rey Jerónimo, y luego devuelta á Marbourg en 1814, y colocada de nuevo en la sacristía <sup>2</sup>. La magnífica iglesia cons-

<sup>1</sup> Esta preciosa reliquia halló, al fin, un asilo en la capilla del castillo de Sayn, merced á la piedad de la princesa Leonila de Wittgenstein, á quien la remitió el conde de Boos en 1851.

<sup>2</sup> Tiene mucha razon Mr. Stædler en decir que si los escritores alemanes han declamado tanto contra el robo de la pedrería de la caja por los franceses, en cambio no han censurado lo mas mínimo la profanacion sacrilega de las reliquias, de que la caja al cabo no era sino un receptáculo ó depósito.

truida en honor suyo está dedicada desde 1539 á un culto que mira como idolatría la invocacion de los Santos: desde entonces ningun homenaje resonó bajo aquellas bóvedas en honor de Isabel.

De suerte que aquella alma, tan querida en el cielo y la tierra, no ha logrado, como otros Santos, el que sus despojos permaneciesen pacíficos hasta hoy en medio del pueblo fiel, rodeados del amor y el culto de las generaciones sucesivas, á la sombra de los altares en que todos los dias se ofrece el inmaculado sacrificio. Al contrario; el país habitado por esta hermana de los Ángeles ha renegado en masa de la fe de sus abuelos; los hijos de aquel pueblo por ella tan amado, consolado y socorrido, desconocieron su poderosa proteccion y renegaron de ella. La Turingia, donde vivió niña, doncella y esposa, y la Hesse, donde pasó su viudez, ambas renunciaron al Catholicismo. La orgullosa huella de Lutero vino á empañar los puros recuerdos del castillo de Wartbourg, santificado por su piadosa infancia, las pruebas de su juventud y aquella union conyugal sin igual en santidad y ternura. En vano desde lo alto

de las vetustas torres, desde donde su amor se cernía sobre toda la comarca, busca hoy la vista del viajero una iglesia, una cabaña católica. En Eisenach, en esa ciudad donde de tal manera se ostentó discípula de Cristo en lo caritativa y sufrida, no hay un solo católico que la invoque, ni un altar, ni una piedra santa donde pueda hincar la rodilla el peregrino que viene á honrar en estos sitios su memoria, á fin de honrar su dulce nombre é implorar su bendición <sup>1</sup>. Y finalmente, en la ciudad misma donde murió, y á donde tantos millares de peregrinos han acudido á venerar sus reliquias y dejar impresa en la carcomida piedra la huella de su fe y devoción, en esa ciudad, digo, ya su vida está reducida á un hecho puramente histórico; y el corto número de católicos que viven dentro de sus muros no tienen una misa siquiera en el día de la festividad de la Santa <sup>2</sup>. Ni siquiera el se-

<sup>1</sup> Así era ciertamente cuando yo visité esta ciudad; pero posteriormente, y gracias al celo de monseñor Pfaff, obispo de Fulda, fue erigida la capilla católica que hoy existe bajo la advocación de santa Isabel.

<sup>2</sup> Desde 1811, gracias á la conquista francesa y

pulcro respetaron; y entre los descendientes de aquel ángel de bondad y misericordia, ha habido uno capaz de desenterrar sus huesos para profanarlos insultándolos <sup>1</sup>!

¿No es, pues, un deber para todos los católicos el tributarle homenajes, rehabilitar por todos los medios posibles la gloria de esta Santa, ofrecerle el tributo de su amor

á la nueva constitución, el ejercicio del culto católico, prohibido severamente por espacio de tres siglos por la *tolerancia* de los Protestantes, está nuevamente autorizado en Marbourg. Hay un pequeño templo, y como unos trescientos fieles; mas el párroco que sirve la feligresía se limita á decir misa los domingos; y cuando el día mismo de la Santa le preguntamos, si en obsequio de tal festividad diría misa aquel día, nos contestó, que ni siquiera había pensado en semejante cosa.

<sup>1</sup> En Alemania, como en Francia, la falsa ciencia y la historia racionalista nunca se han olvidado de prestar su concurso á la obra sacrilega de la violencia y la codicia. En 1837, trescientos años después del atentado de *Felipe el Generoso*, un historiador eminente, Luden, escritor de la escuela moderna, ha puesto en letras de molde, en el tomo XII, lib. XXVI, cap. 9 de su *Historia de los Alemanes*, lo que sigue: «Isabel era una mujer exaltada, que no supo hallar para sus nervios otro calmante que «los espasmos de una religiosidad convulsiva.»

y su celo, por insignificante y pobre que sea la expresion y la forma del obsequio? Muy bien en estos sentimientos abundaba aquel pobre capuchino á quien con sentimiento cito por última vez en esta historia, cuando escribia á mediados del siglo XVII estas palabras: «Al visitar esta «grande y hermosa iglesia y este rico sepul- «cro de la Santa, y viendo tan preciosos tesos «ros en poder de luteranos, y despojados «tan ignominiosamente de su antiguo bri- «llo, sentí partirseme de dolor el corazon. «¡Ah! no pude menos de quejarme de ello «ante el Dios omnipotente del cielo, y su- «plicar, como mejor supe, á santa Isabel «que se dignara poner remedio. En desqui- «te de la honra que no te dan los no cató- «licos, los que tenemos la dicha de serlo «estamos obligados á esmerarnos en tu ho- «nor y obsequio, y á invocarte con fervor «redoblado, ¡oh sierva gloriosa de Dios! y «regocijarnos para siempre jamás de que «del fondo de la Hungría te trajera el Se- «ñor á Alemania para ser la joya mas rica «de nuestra tierra <sup>1</sup>!»

<sup>1</sup> P. Martinus à Kochem, pág. 836.

Por lo demás, aun en aquellos países olvidados de su gloria ó que renegaron de ella, queda á Isabel un homenaje todavia, y quizás el mas dulce y amable de cuantos jamás recibiera: se da el nombre de *florequita de Isabel* <sup>1</sup> á una pequeña flor que, dulce y modesta como la Santa, cierra su cáliz por la tarde al desaparecer la luz del sol, símbolo de aquella Isabel que sabia cerrar su alma á todo cuanto no era un rayo de la gracia y de celestial luz.

¡Dichoso de mí si el débil testimonio que intento tributar á su gloria fuese aceptado por ella, cual debió serlo el sentimiento de confiado y pio afecto que en otro tiempo inspiró á algunos sencillos católicos la idea de poner á la flor que amaban el nombre querido de la Santa!

Séame, pues, lícito, antes de decir adios á estas páginas humildes, levantar por la vez postrera mi pecho y mi palabra hácia vos, ¡oh dulce Santa! á vos, á quien, á imitacion de tantas fervorosas almas, me

<sup>1</sup> *Elisabethen-blumchen* es uno de los nombres que lleva en Alemania la flor llamada *cystus helianthemum* en latin, *fleur du soleil* ó *herbe d'or* en francés, *flor del sole* en italiano, etc.

atreveré á llamar *nuestra amada Isabel!* ¡Oh amadísima de Cristo! dignaos ser la celeste amiga de mi alma, y ayudarla para que llegue á ser la amiga de vuestro Amigo. Dirigidme desde los cielos una de esas tier-  
nas miradas con que sabíais acá en la tierra curar las enfermedades mas crueles de los hombres <sup>1</sup>! Hijo de este siglo sombrío y glacial, vine á ser ilustrado por vuestras santas luces y reanimado por el fuego de vuestro amor; y vos os dignásteis acoger mis votos, y pensando en vos, descendió mil veces la paz á mi corazón! Bendita seais por las preciosas lágrimas que de mis ojos hizo brotar la relacion de vuestras penas y de vuestra paciencia, de vuestra caridad y sencillez angélica; bendita seais por haberme protegido en tantos trabajos y contra tantos errores; por tantos solitarios y tristes días que vuestra amada imágen bastó á llenar ella sola; y por tantas horas de amargura que vuestra memoria llenó de encanto. Bendita, bendita para siempre jamás seais, ó Santa mía, y dignaos dar vuestra bendicion al último, en tiempo y en

<sup>1</sup> Véase el capítulo XXVIII de esta Historia.

mérito, y mas indigno de vuestros historiadores.

*Respondens Iesus dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine coeli et terrae, quia abscondisti haec à sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis <sup>1</sup>.*

<sup>1</sup> Matth. xi, 25.

FIN.